Tom. 1. Num. 9.° — 65 — 28 de mayo de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

Los suscritores que no quieran esperimentar retardo en el recibo de sus números, deben renovar con tiempo la suscricion. Los que adelanten el importe de las 25 primeras entregas, que componen el primer tomo, recibirán gratis *cuatro magníficos retratos* de los escritores de esta enciclopedia.

UN HOMBRE CÉLEBRE.

En otros paises un *hombre célebre* es un monumento precioso, es una joya que los estranjeros buscan con avidez y los convecinos señalan con el dedo en todas partes como diciendo: tengo la satisfaccion de conocer á fulano ó mengano ó perencejo, literato consumado, artista notable ó aunque sea picapedrero con tal que su mérito sea sobresaliente; porque el orgullo de conocer y mas bien de hablar, y mejor de ser amigo de una notabilidad se tiene en tanto casi como el participar de su genio ó de su habilidad; así como el haber visitado la Grecia, la Rusia y la Turquía, parece que le coloca á un hombre á la altura de los Demóstenes y de los Aristóteles en talento, ó de los Mahamudes y los Nicolases en dominio. De ahí nacen todas las fanfarronadas y mentirotas de los que viajan mucho y tambien de los que viajan poco, cuando hablan con los que no hemos viajado nada. El que ha pisado los umbrales de Paris, mas que de Roger Bauboir habla de Lamartine, mas que de Lamartine del mariscal Soult, mas que del mariscal Soult de la familia Orleans y ni ha visto á Luis Felipe, ni á Soult, ni al poeta Lamartine, ni al borracho de Bauboir, ni ha salido de una mala fonda situada en el rincon mas olvidado de la capital. Hombre hay en Madrid que me ha dicho á mi muy sério (delante de testigos) que ha comido con el Lord Wellington y el príncipe Talleirand; que en el piso segundo de su casa vivia Mayerbeer, en el bajo Rossini, enfrente Rubini y tenia á Bellini por compañero de posada. Milagro es que no añadió que Straus le servia el chocolate y que Victor Hugo le limpiaba las botas.

Nada de esto me sorprende cuando recuerdo la idea monstruosa que yo tenia de Madrid por las noticias que en mi lugar me daban. Tanto me exageraban la longitud de las calles, que creia yo que para andarlas de punta á punta era menester ir en posta y echar merienda para dos ó tres meses. La riqueza de los edificios que me pintaban me hacia creer, si en las minas de Almagrera habrian sacado, entre otras betas, una córte de oro y brillantes. Los barrios bajos, al contrario, me los pintaron tan melancólicos y obscuros que parecia necesario para visitarlos una linterna de gas á las doce del dia, y gracias si se escapaba con bien de las trampas y lazos de que los judios malhechores tenian inundado el piso. En suma, la parte mala de Madrid me daba á mí una idea exacta del infierno, y en todo lo demas pensaba encontrarme con una ciudad de Jauja.

Pero lo que yo tenia gana de ver como suele decirse *por mis propios ojos*, eran esas notabilidades políticas, científicas, literarias y artísticas, cuyos nombres habia estendido hasta el rincon de la última aldea la trompeta de la fama. Los Esparteros y los Lopez, los Varas y los Listas, los Esproncedas y los Zorrillas, los Madrazos y los Esquiveles, los Saldonis y los Sorianos eran nombres que por distinto lado me hacian cosquillas en el timpano y deseaba de todas veras echarles la vista encima, para saber si eran imágenes angélicas ó tenian figura corporal como nosotros. Tal era la idea jigantesca que yo traia de las personas célebres, cuando atravesando una de las calles principales de la Córte en compañia de un amigo antiguo que ya estaba mas instruido que yo en las cosas de Madrid; mira, dijo apuntando con el dedo, allí enfrente tenemos un *hombre célebre*. Ni una liebre cuando siente las pisadas del galgo que corra tanto como yo á satisfacer mi anhelo mas vehemente; pero ¡cosa singular! aquel hombre es-

traordinario en nada se diferenciaba de los demas hombres: tenia dos ojos en la cara, las cejas sobre los ojos, la frente sobre las cejas, el pelo sobre la frente; la misma nariz, los mismos brazos, todo, todo idéntico al sacristan de cualquier pueblo si le daba la gana de vestir sobrepelliz ó al mayoral de una diligencia si se ponia sombrero calañés y chaqueta de alamares. Descubria yo no obstante ese aire de gravedad y orgullo que dá la ciencia, y decia para mí: este hombre se conoce que frecuenta bastante las sociedades de buen tono y que gasta pocas palabras, y efectivamente partí de allí sin verle despegar los labios. La necesidad de vestirme á la usanza Madrileña nos obligó á entrar en una tienda de mala muerte que habia en una calle inmediata: estabamos en si habia de ser el real ó los ocho cuartos, cuando dándome la ocurrencia de volver la cara, encuentro á nuestro *hombre célebre* arrinconado como chico delincuente demandando perdon á sus superiores. Iba yo á darle un abrazo de amistad; pero me lo impidió el mozo de la tienda que limpiándose las sudosas manos en la cara de tan respetable individuo, le arrojó al suelo despiadadamente. Compré mis géneros y me salí de aquella casa horrorizado de la bestialidad del mozo y de la cobardia del *hombre célebre*.

Meditaba yo profundamente en mis soledades en la susodicha escena, y mas me maravillaba recordando que de estas *personas célebres* me habian encarecido tanto la intrepidez que al que no juzgaba un maton, le tenia por un espadachin. Hay muchos valientes en la córte segun he visto despues que buscan lances de probabilidades ventajosas, rompen un brazo ó la cabeza á dos ó tres barbilampiños y quedan asegurados de incendios para lo sucesivo; porque nadie les dice esta boca es mia creyéndolos unos Bernardos del Carpio nada menos. No hay cosa mas cierta que el refran: cobra buena fama y echate á dormir. Pero volviendo á mi negocio, han de saber Vds. que yo tenia todos los vicios del mundo, pudiéndoseme muy bien aplicar aquella redondilla de Salas:

Aquí yace un currutaco
que jamás se llegó á ver,
sin dinero, sin muger,
sin naipes y sin tabaco.

Dióme efectivamente la humorada de visitar los lugares menos santos y que por esta razon son los mas concurridos de la gente vagabunda. Los *hombres célebres* decia yo, comen en la fonda y beben en el café; yo no soy célebre ni tengo esperanza de serlo, con que bien puedo hacer lo uno y lo otro en la taberna; y con la desvergüenza que Vds. pueden imaginarse me colé en la del *Pelado* que está en la plazuela de santa Ana, pedí una chuleta asada y me la trageron cruda, pan de flor, y me lo sirvieron del color de mi tez, es decir negro muy subido. Pedí por último vino puro, y me lo dieron mas *aguado* que el primer profesor de guitarra de nuestros dias que es otra de las notabilidades españolas. ¡Si me viera un *hombre célebre* en estos trapicheos, como se lamentaria y filosofaria sobre la degradacion de la especie humana! esclamaba yo chupando el ya descarnado hueso de la chuleta. Pero dame la tentacion de mirar detrás de mí como reprendiéndome de haber hablado tan fuerte sin acordarme de que *las paredes oyen*, y ¡oh virgen de Cobadonga! el *hombre célebre*, de la calle y de la tienda que ya referí á Vds. espiaba todas mis acciones. Miraba si comia, si bebia, si andaba; á todas partes acechaba el centinela vigilante cuya aparicion en la taberna pegaba tan bien como si Mahoma se presentara el dia del juicio á los cristianos. ¡Un *hombre célebre* en la taberna! ¡y luego se desatarán en máximas morales si escriben comedias ó esplican en alguna cátedra ó dan alocuciones al público! Lo mismo hacian los frailes; se esforzaban en el púlpito contra la relajacion de las buenas costumbres y eran unos *cójelas al vuelo y mátalas callando* de primera tigera; pero ellos decian lo que dirán los moralistas de ahora: «haz lo que yo te mando y no lo que yo hago.»

Las niñas han sido siempre mi ojo derecho, y tambien mi ojo izquierdo; que, vive Dios, si por algo quiero á mis ojos es porque tinen niñas. No soy yo de los que hacen versos tan sentenciosamente frívolos como el que dijo:

Tabaco, vino y muger
echan al hombre á perder.

No señor, aunque sean peores, aunque carezcan de rima, aunque sean media legua mas largos ó mas cortos, quiero decir mejor:

Segun el refran antiguo
que sigue al pie de la letra;
tabaco, vino y muger
sacan á mayo florido y hermoso.

Con estos principios sentados nadie se sorprenderá de que en la taberna del Pelado hallase alguna de esas deidades condescendientes, tan accesibles al amor de los paletos como al de los *Usias y Escelencias*; ni dudarán que admitiese un obsequio mio prévio el ¿V. gusta? y como todo en el mundo tiene su correspondencia, no es inconcebible que ella me brindase su casa y que yo no me anduviese en chiquitas pudiendo andar con chicotas. Así sucedió para que Vds. lo sepan, y al poco rato me hallaba muy poseesionado de una

de esos hospitales de sanos incurables, inclusas de niños con barbas, inquisiciones de vengan tormentos y paraisos de *mea culpa*. ¡Ah! decia yo mas que satisfecho de mi seguridad; aquí no vendrá ese fatal *hombre célebre* que me persigue tanto; ¡Maria! Maria! proseguí abriendo de par en par la puerta del gabinete y ¡Oh desesperacion ! oh afliccion! ¡oh maldicion! ¡Oh todas las palabras acabadas en *on*! frente por frente á la puerta estaba el *hombre célebre* y lo que es mas sensible estaba al lado de mi ingrata Maria de quien me despedí con los modales bruscos dignos de su clase y de sus malas acciones. No hay remedio, iba yo murmurando por la calle, esos *hombres célebres* tienen pacto con el demonio y por eso hacen cosas superiores á las inteligencias comunes. Como que hubiera yo querido hallar á Sátanas para entrar en tratos y hacerme *notabilidad* á costa de la salvacion eterna, y si es que no vi al demonio, por lo menos creo que me tentó para lanzarme desde allí en una casa de juego donde se batia el cobre, como se pueden batir yemas en una confiteria, y cataratas en el hospital general. Ochenta y cinco cuartos que hacen medio duro llevaba en el bolsillo y medio duro ó sean los ochenta y cinco cuartos, puse á una sota que tuvo por conveniente chasquearme como todas acostumbran. Cuando mas fiaba en la tal sota vino á darme un par de coces con el rey de bastos; para que se vea que no son solo los caballos los que tiran coces. Tan cargado me hallaba yo del *hombre célebre* que le hubiera creido autor de todas mis desgracias sino estuviera persuadido de que los *hombres célebres* no deben ir á las casas de juego; porque, como llevo dicho, los grandes talentos deben ser la norma de las virtudes grandes y es imposible que la moralidad se beba en la fuente de los vicios. Esto se observa en otras partes: entre nosotros por el contrario, basta ser estravagante en las costumbres, insolente en el trato, beber muchas copas de rom y jugar la vida al monte, para pasar por hombres de pro y moralistas, con solo publicar despues en prosa ó en verso cuatro de esas vulgaridades y sentenciotas que tienen olvidadas los mozos de cordel. Yo no sé si nuestro *hombre célebre* tendria lances de moralista; lo que sé únicamente es que observando al grupo de la mesa de juego, allí me lo encontré tan peripuesto y pintiparado que no habia mas que ver. Admiróme mas que todo el que cada uno que perdia me lo sacudiese un sopapo de aquellos que retumban, y que el se aguantase sin decir lo mas mínimo de tan malos tratamientos. Este hombre, dije yo á los demas, en todas las casas de prostitucion se le ve; debe ser modelo de corrupcion y de inmoralidad. Este hombre, me respondió uno de los oyentes, es universal; lo mismo se le halla en los círculos bajos que en los altos círculos. En las tabernas está bien visto, en las sociedades de etiqueta es casi necesario y yo le aseguro á V. que sin su compañia no saldré á la puerta de la calle. — Cada palabra de estotro hombre me sorprendia mas y mientras el urgaba los bolsillos para buscar no sé que documento justificativo, yo le conté como la primer vez que vi al *hombre célebre* fué en la calle retratado en una estamperia, que despues le vi retratado en un pañuelo en la tienda de que he hablado á Vds.; en retrato le vi en la taberna, retratado estaba en casa de aquella ciudadana que acompañé rendido, y como hasta en los hules se hacen ahora retratos de *hombres célebres*, retratado estaba tambien en el tapete de la mesa de juego. Faltábame solo que su apasionado me esplicase el sentido de sus palabras enigmáticas; pero este sacando las manos del bolsillo del gavan me ofreció un cigarro de los muchos que tenia en una lindísima petaca en cuya tapa estaba tambien el retrato de aquella notabilidad.

A este tiempo pasaba una fosforera cantando, como todo Madrid estará cansado de oir:

«Yo llevo en este cajon
á la fama y á Cervantes
y fosfóros fulminantes
de cerilla y de carton.»

Efectivamente hasta en los libritos de fumar habrán Vds. visto hombres célebres estranjeros y nacionales, antiguos y contemporáneos tan perfectamente retratados que sin hacer con ellos lo que con la levita del Toledano, que queriendo darse á conocer por ella, cuentan que el sastre le puso un letrero en la espalda que decia: *el Señor es de Toledo*, lo cual no advertido por él, le causó gran sorpresa al ver que todo el mundo que pasaba por su lado repetia: *el señor es de Toledo*. Es decir que si debajo de los retratos no dijera *Cervantes*, *Napoleon*, etc. se iria uno tan satisfecho de que lo que habia visto era algun lobo ó alguna cigüeña, verificándose casi aquello del epígrama que un servidor de Vds. hizo en otro tiempo

Un escultor no afamado
pero de genio travieso
hizo un san Anton de yeso
poniendo su cerdo al lado.
Y entrambos en un renglon
esplicó prudente y cuerdo,
cual de los dos era el cerdo,
y cual de ellos san Anton.

Lo cierto es que á la fosforera me dieron ganas de darla un bastonazo; pero esto lo dejé para

otra clase de gentes. Cuando sea necesario dar una severa leccion á algun poeta *chirle* como dice Quevedo, pienso aplastarle los hocicos con la cabeza de mi baston que para que Vds. lo sepan es la de Cervantes. Con eso no seré yo quien se la dé y no se dirá que la cabeza que digo sea incompetente en materias literarias.

Por mi parte si en algun tiempo tuve deseos de adquirir celebridad, ahora pondré todos los medios para no conseguirla siquiera por no verme tantas veces en caricatura. En unas partes le ponen á uno moflетes de monja boba, en otras sumamente chupado; ora narigudo siendo romo, ora romo siendo narigudo: ya sério como un senador, ya risueño como un tonto de Coria. ¡Qué demonio! buena ó mala bien está cada uno con su fealdad y no le hagan veinte caras feas, al que solo tiene una que no es poca belleza en estos tiempos en que el que menos es hombre de dos caras.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

LETRILLA.

Cuando veo á doña Estrella,
del tiempo de Epaminondas,
que con encajes y blondas
quiere ostentarse mas bella,
y es doncella
que lleva dientes postizos....
que se acicala y aliña
para parecer muy niña,
y que con agenos rizos
cubre asquerosas berrugas....
y al ver como sus arrugas
con cierta pomada alisa,
me desternillo de risa.

Cuando las gracias pregono
de ese admirador de Francia
que habla siempre de elegancia
de *soirées* y de gran tono....
que hace el mono
pareciéndole un desastre
haber nacido en España.....
que solo bebe champaña.....
que debe la cuenta al sastre.....
que come de mogollon
y habla de la gran pasion
que le ha inspirado Belisa,
me descoyunto de risa.

Cuando veo á un mentecato
que no sabe el A, B, C,
y disputa en un café
con fueros de literato,
y un relato
suele espetarnos de historia,

y tanta sandez encaja
que se vé que es linda alhaja
para tirar de una noria.....
y dice que es dramaturgo.....
que obsequió en San Petersburgo
á una famosa poetisa,
me desternillo de risa.

Al mirar á un narigudo
en cuyo rostro infeliz
le puso Dios por nariz
el mas prolongado embudo.....
por él sudo;
y ante su almacen de olfato
compadezco su desgracia,
mas el diz que le hace gracia,
ó se figura que es chato:
y al verlo muy elegante
ostentar del elefante
la descomunal divisa,
me descoyunto de risa.

El otro que á todos roba
la atencion en el paseo
por lo remilgado y feo
y por su enorme joroba,
cuando adoba
su andar con monadas mil,
y hace pinitos de gozo,
y presume de buen mozo
con su facha de mandril.....
que gasta con despilfarro,
y junto á su gran cigarro
apenas se le divisa,
me desternillo de risa.

Ese que tiene renombre
de buen mozo, y que entusiasma,
á mí por lo muy fantasma
me dá lástima el buen hombre;
que aunque asombre
su figura hermosa y bella,
no le doy yo ningun precio
al verle tan fátuo y nécio
hacer el oso con ella,
porque el hombre de provecho
debe ser de pelo en pecho,
y el que blandamente pisa
me da compasion ó risa.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

DEFENSA DE LAS TRABILLAS.

A vos, ciudadano Manzano, el de los cuarenta años y pico, llevada exactamente la cuenta desde que se publicó el núm. 3.° de la RISA hasta hoy dia de la fecha, á vos que valiéndoos de sofismas con un decir agradable habeis descubierto *una calamidad mas* entre las muchas calami-

dades que la naturaleza y los hombres vierten sobre los hombres y la naturaleza, como si fuera suegra y yerno; á vos me dirijo lleno el corazon de trabillesco fuego para exortaros al arrepentimiento por el crímen de lesa-sastrería que habeis cometido, describiendo como calamidad pública el mayor beneficio que un maestro de tijeras, y por lo tanto *concienzudo y justo*, ha podido hacer á la especie animal que concibe y raciocina.

En vano esforzado os habeis para convencernos de lo perjudicial de la *trabilla*, y si atendeis á mi relato forzosamente tendreis que convenir, que todos esos males imaginarios son nada en comparacion de los inmensos beneficios que reporta de su uso la especie humana. Empezaré, pues, para lograrlo dándoos noticia de mi persona, asi como vos la dais de la vuestra, y aun en esto vereis militan mas razones en favor de mi cliente la *trabilla*.

Para servir al que me sirva, yo soy un quidam (perdóneseme el plagio) de 25 años, 15 menos que el Sr. Manzano, primera y poderosa circunstancia que alego en defensa de mi causa. Y por si alguno duda que asi sea, razonemos un rato. Por confesion individual, el Sr. Manzano salió del vientre de su mamá 15 años antes que yo, es decir, en una época de ignorancia y de fanatismo, puesto que no habia periódicos y si frailes, aunque en cambio hubiese dinero, crédito y tranquilidad, que bien puede perderse todo esto por el gusto de decirle al prógimo cuatro verdades peladas, y no ver el repugnante espectáculo que ofrecia el hábito de los reverendos, unido al cerquillo y morrillo, que asi daba el verlo envidia como tiricia.

Dice un proverbio, y á fé que lleva razon: *un joven sigue su primera senda sin que la deje en la vejez.* Y siendo esto asi, qué afecciones podrá tener el ciudadano Manzano ácia una cosa que no existia cuando hacia el pompon y la mocita, ni mas tarde cuando andaba á gatas, ni despues cuando recibiera los azotes del dómine? Por el contrario; yo echado al mundo en época mas ilustrada, puesto que ya habia venido la *moza* (hoy vieja) y vuéltose á ir; desprendido por lo tanto de antiguas y perjudiciales preocupaciones, y libre el entendimiento para apreciar en su justo valor el constante progreso del siglo ácia su perfeccion, y consiguiente bien estar de la humanidad.

Es seguro que á haber yo comido el pan de la emigracion participaria respecto á *trabillas* y otros particulares, de las ideas que el susodicho pan impregnó en el cerebro de los emigrados, debido sin duda á su calidad, que por ser de otra suerte fabricado que por la tierra de España se usa, debió producir todas esas ideas vagas como los monsieurs, y metalizadas y machuchas como milords. Pero ¡gracias á Dios! no ha sucedido asi; nacido en España y criado en la tierra de María Sma. habiendo hecho un viage por la susodicha tierra á las grandes y numerosas poblaciones del Palo, Churriana y Torremolinos, todo sin necesidad de omnibus aéreos que es lo maravilloso, si se considera la enorme distancia que media de unas á otras (1), visto un sin número de cosas mas, todas grandes, todas sorprendentes y maravillosas, que es de apostar no las ha visto ni el emperador de los Estados Unidos, ni el presidente de la república de la Rusia, y comido el pan siempre amasado por manos de graciosas lugareñas, mis ideas son todas al par de constantes y desinteresadas, sabrosas y en armonía con la marcha de las cosas á su perfeccion. ¿Y qué cosa se hallará mas perfecta que un pantalon con trabillas?

Ni de Loocon el grupo prodigioso
ni del mundo las siete maravillas,
obras útiles son cual las trabillas.

Noe plantando la vid y bebiendo el zumo de su fruto, sin precaver que con el tiempo habia de poblarse la tierra de Noes; Guttemberg, ensayando su invento que habia de producir á cientos las revoluciones; Copérnico descubriendo un nuevo sistema astronómico; Cristobal Colon un nuevo mundo, para no ser agradecido ni pagado; Kircher inventando el uso de la linterna mágica; Franklin el de los para-rayos; Le Roy su preciosísimo, si bien algo puerco brevage vomi y purgante; Mendizabal destruyendo las campanas por amor al tímpano auricular y tantos otros célebres varones que pasaron los mejores dias de su vida trabajando para hacer su nombre eterno, son niños de teta comparados con el grande hombre, con el artista consumado y sobre todo amante de la decencia y de la elegancia, que á fuerza, sin duda, de rascarse la mollera y sostenerse ambos carrillos con las manos, logró adicionar el pantalon, colocándolo de esta suerte en el rango de ley ú órden emanada del gobierno español.

Que la aparicion de las trabillas, ha causado una revolucion en las ideas del bello sexo, que no por ser bello deja de tener sus manías, es una verdad innegable; esto prueba su importancia. Que á virtud de esta revolucion el sexo barbudo, portador de las mencionadas trabillas, ha ganado mucho en el aprecio del femenino, es una verdad fuera de duda; esto prueba su escelencia. Un pantalon con trabillas denota elegancia, la elegancia finura, la

(1) Legua y media.

finura educacion, la educacion el frecuente trato de la sociedad, este trato, ingenio, discrecion, travesura, y sabido es cuanto agrada al sexo hermoso un hombre dotado de tan bellas cualidades. Por el contrario, un pantalon sin ese precioso suplemento, marca cuando menos indiferencia, la indiferencia poca aprension, esta cualidad la ausencia de todo sentimiento noble, y sabido es tambien que no es el bello sexo quien menos aprecio hace de las buenas dotes que constituyen á un caballero.

Pero si en lo *moral* la bondad de la trabilla es suma, lo es sin disputa alguna mucho mas en su parte material. Situaciones hay en la vida del hombre que solo puede hacerlas llevaderas la adicion del pantalon. Gaste V. zapatos con pico por detrás, hoy dia de moda, y no lleve trabillas; y es seguro que no pudiendo resistir el pantalon á la influencia del pico, saldrá este por encima de aquel á guisa de velámen; y á trueque de no ir ridículo, ó bien tendrá V. á cada momento que llevar el talon del pie á la altura de la mano, para lo que tendrá que guardar un perfecto equilibrio, ó bien hacer de su cuerpo un arco de violin á pique en el primer caso de romperse la crisma, y en el segundo de quebrarse: ¿á quién le gustan los bragueros y suspensorios? Pues no digo nada si tiene V. que asistir á alguna reunion, y por necesidad sentarse? si lleva V. las medias limpias, que no es fácil, pase, aunque siempre presenta una figura fea; pero ¿y si las lleva V. sucias? y si por casualidad tienen alguna marra? Caso será este de morirse de vergüenza, y el modo de evitarlo es llevar trabillas.

La economía entra en mucho tambien en el invento sastreril y hé aqui sin duda á lo que se debe haberse generalizado. Un pantalon con trabillas deja solo descubierta á la vista unas dos terceras partes del zapato ó bota, que para el caso es lo mismo y una ínfima del tacon; vayan ambas partes limpias y buenas y no importa que lo demas esté sucio y roto; resultando de aqui que con solo componer y limpiar el tacon y parte de la pala, puede durar el calzado toda una eternidad. —Que los pantalones con la tirantez se rompen. Remedio al canto; afloje V. los tirantes ó llévelos de elástico, que hoy es lo mas fácil de encontrar, puesto que hasta las Constituciones lo son, y el peligro no existirá. Mas aun dado caso que así sea, lo que se pierde por un lado se gana por otro; y es la mayor esbeltez que toma el cuerpo, y la fuerza y pujanza que adquieren los nervios de estar en contínuo ejercicio; cuando menos el vicio que muchos tienen de llevar inclinado adelante y á proporcion desde la cintura hasta la cabeza, á causa de esa misma tirantez, ha de desterrarse; con lo que se conseguirá que todos anden derechos como un huso, que á la verdad bastante falta nos hace, puesto que segun han dado en decir, las desgracias de la tierra de las anchoas provienen en su mayor parte de la pícara costumbre que todos tienen de ladearse. Circunstancia poderosa para que se declaren las trabillas beneméritas de la patria en grado heróico eminente, ó cuando menos se las dé una condecoracion.

¿Y á cuántos graciosos incidentes no puede dar lugar la rotura del pantalon desde la de un ojal hasta la de la misma trabilla? ¿Quién será la ingrata que al ver saltar un boton del pantalon de V. permita que los lleve caidos, ó bien vaya incómodo, y no enhebre una aguja y con sus pulidas ó toscas manos no se lo pegue? ¿Y cuanto no gozará V. mientras dure la costura, y mas si la costurera es una morena chorreando gracia por todos los poros de su cuerpo, ó en su defecto una rubia que por todos los poros de su cuerpo chorrea gracia.

Pero donde se deja sentir toda la necesidad de las trabillas, es si tiene V. que montar á caballo, ocasion es esta la mas crítica y angustiosa en que puede hallarse, dado caso que trabillas V. no lleve: no teniendo el pantalon sujecion por debajo, este se irá replegando por escalones y tomando por asalto las rodillas, hasta que la nueva posicion que sobre el animal V. adopte, le obligue á capitular. Y ¿dónde se irá por un objeto mas soberanamente ridículo? Ridiculez que subirá de punto si es V. diputado, y hay una *Posdata* que lo observe. Llegado este caso no tiene V. mas que elegir entre levantarse la tapa de los sesos ó asfixiarse que es muerte mucho mas poética y está en moda.

La trabilla es, pues, una condicion de existencia en ciertos casos; una condicion de felicidad en otros; una necesidad en todos; contradecir esto, es una blasfemia en sastrería; negarlo una heregía trabillesca.

Concluyo sentando estas proposiciones, que prueban hasta la evidencia, lo sublime del invento que me ocupa:

El siglo XIX camina á su perfeccion; y siendo la trabilla una invencion de este siglo, necesario es convenir en su perfectibilidad.

El siglo XIX tiene una tendencia marcada en favor de la humanidad. Las trabillas son una invencion de este siglo. Luego las trabillas son en estremo útiles y necesarias.

Ojalá que estas ideas grandes, sublimes y luminosas, como el objeto que las producen, sirvan ya que no para estender el imperio de las trabillas, porque es infinito, al menos para vindicarlas del ultrage que una pluma mordaz, y viperina les ha inferido!!—Santiago Casilari.

AMBIGÚ.

Cocido, potage y gigote.

Se pica media libra de carne con una zanahoria, una cebolla, un nabo, un poco de apio y un clavo de especia, y se pone todo en una cazuela con media azumbre de agua; se le pone la sal correspondiente y se hace hervir todo, espumándolo; y al cabo de media hora se pasa todo por un tamiz.

Para hacerlo con arroz, con fideos ó con sémola, se debe poner cada una de estas sustancias en un saquito, y ponerlo en agua á la lumbre; se desata el saquito, se echa en una sopera y el caldo encima; se añaden yerbas en manteca con un poco de harina, remojándolo todo en el caldo; se deja todo un poco espeso, añadiendo el picado, la sal, pimienta y huevos estrellados; y de este modo se conseguirá en el espacio de media hora un cocido, un potage y un gigote

Cocido grande.

Este cocido, que está muy en uso en las grandes cocinas, pues sirve para remojar todos los guisados y menestras, y para todos los casos en que se necesita emplear una sustancia líquida sin recurrir al agua, se consigue por medio de un trozo de vaca mas ó menos grande del bajo lomo, pecho, trasera ó chueca; despues de haberlo puesto en una olla llena de agua, quitado la espuma, y gobernado del mismo modo que el puchero de carne, se añaden las legumbres acostumbradas y los ingredientes para sazonarle: hecho su cocimiento se pasa por un tamiz para guardarlo y servirse de él cuando ocurra.

OBSERVACION.

Si hubiere necesidad de conservarse la carne durante ocho dias para hacerla cocer despues, siendo esto imposible al aire libre, se la cortará en porciones iguales y suficientes para cada uno de los dias en que quieran emplearse, y se pondrán en otras tantas ollas distintas al fuego para espumarlas. Pasada una hora, sin mas preparacion, se las deja enfriar, y se las pone en sitio en que se halle á la mano para emplearlas diariamente; de esta manera se podrá tener carne fresca y cocido en todo tiempo.

Cocido de caracoles, ranas, pollito é hígado de buey.

Los cocidos de caracoles, ranas, pollito, ternera é hígado no deben hacerse sino para los individuos á quienes se lo prescriba el facultativo, sobre este particular remitimos al lector al *Manual de los enfermos*; y en efecto, si por cocido se debe entender el resultado de la coccion lenta y graduada de la carne de un animal bueno de comerse despues de haberlo sazonado segun se acostumbra, para ayudar á la digestion, no puede considerarse este cocimiento en un tratado de cocina, sino como un recurso para el alimento diario; y para este objeto solo se necesita enseñar el mejor modo de hacerlo.

Restaurante

Añádase á los residuos de toda especie de carnes una gallina y una pierna de vaca con la suficiente cantidad de agua. Cuando esté á medio cocer, se le quitará la espuma á un fuego templado, y se le añaden legumbres con la sazon necesaria, y cuando estuviese en el punto de coccion se desengrasa y se trasfunde por un tamiz.

NOTA.

El próximo número contendrá un artículo en prosa de D. Miguel Agustin Príncipe, titulado *imperfecciones de la naturaleza*, el tercer romance de D. Manuel Breton de los Herreros sobre la vida del hombre *la Adolescencia*; otra composicion del señor Villergas y el *Ambigú*.

Inmediatamente se publicarán: *el poeta dramático*, de D. Antonio Gil y Zárate. *La Risa de mi muger*, de D. Vicente Diez Canseco. *Las ligas* de Abenamar. *Las exigencias y mi sobrino*, dos composiciones de D. M. J. Diana. Otras dos de D. Wenceslao Ayguals de Izco tituladas *¡Angelito! y las glorias del betun*, *la Gastronomía y la literatura* de D. Gregorio Romero Larrañaga. *Las Nodrizas* de D. Juan Martinez Villergas. *Mi clasificacion* de D. Julian Manzano, y otras lindísimas composiciones de Fray Gerundio, Zorrilla, de la Vega, Hartzenbusch, Mata, Alvarez Miranda y Baldoví y otros escritores de la córte y de las provincias.

Sale una entrega cada domingo al precio de DOS REALES, asi en Madrid como en las provincias; advirtiendo que los suscritores de estas deberán adelantar el importe de *cuatro* entregas lo menos.

PUNTOS DE SUSCRICION. En MADRID en la imprenta de la *Sociedad literaria*, calle de san Roque, núm. 4, y en las librerías de *Cruz*, de *Razola* y de *Denné é Hidalgo*.—EN LAS PROVINCIAS en Correos y demas comisionados de la GALERIA REGIA.—No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

La Risa no admite el cambio; pero se enviara *gratis* á cuantos periódicos tengan la bondad de anunciar y recomendar las entregas á medida que se vayan publicando.

Madrid—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.